



## CAPÍTULO XII.

Toma Gil Blas inclinacion al teatro, entrégase enteramente á los pasatiempos de la vida cómica, y dentro de poco se disgusta de ella.



OS convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro, y entonces marcharon todos á él. Seguílos, y ví tambien la comedia que se representó aquel dia, la que me gustó de manera, que hice ánimo de no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y daban mas gritos en las tablas, y no era yo el único de este gusto.

No me causaba menos agrado la discrecion de las piezas que el modo de representarlas. Algunas verdaderamente me embelesaban: sobre todo aquellas en que se dejaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales, ó los doce pares de Francia. Sabia de memoria muchos pasos de aquellos incomparables poemas. Acuérdomede de que en dos dias aprendí toda entera una comedia famosa, intitulada: *La reina de las flores*. La Rosa era la reina, que tenia por confidenta á la Violeta, y por escudero al Jazmin. No habia para mí obras mejores que las parecidas á éstas, persuadido de que daban mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria con los trozos mas selectos de estas bellas producciones dramáticas, sino que tambien me apliqué á perfeccionar el gusto, y para conseguirlo con acierto, escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan un apieza, yo la estimaba; y despreciaba todas aquellas de que les oía hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en piezas teatrales como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Moya fué muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silbarian. Pero no bastó esta esperiencia para que su crítica se

me hiciese sospechosa; y antes quise creer que el público carecia de gusto y discernimiento, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas comedias nuevas de que los actores formaban mal concepto, y por el contrario, silbadas casi todas las que ellos mas celebraban. Decíanme que era regla general suya hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil ejemplares de algunas que habian desmentido sus decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

No se me olvidará jamas lo que sucedió un dia en que se representó una comedia nueva<sup>1</sup>. Habiales parecido á los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio no la veria concluir. Con esta preocupacion representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la cual aun fué mas aplaudida que la primera. Y he aquí á todos mis pobres actores atónitos. ¡Cómo diablos es esto! exclamaba Casimiro: esta comedia adquiere fama. Representaron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos.—Yo no lo entiendo, dijo Ricardo: cuando creíamos que esta pieza no lograria aceptacion, todos la aplauden.—Señores, dijo entónces un cómico ingenuamente, la causa es porque hay en ella mil gracias y rasgos ingeniosos que nosotros no habiamos comprendido.

Desde entonces dejé de tener á los comediantes por buenos jueces, y me hice justo apreciador de su mérito. Ellos mismos acreditaban con cuánta razon lagente les afeaba varias ridiculeces. Veía yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los cuales, considerándose como personas de suma importancia, y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos de que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me ví metido de piés á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veía en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun cuando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constanza, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Ademas de aquellos señores ya viejos de que hablé antes, concurrían á ella varios elegantes, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibían tambien á ciertos agentes de quienes se servían, los cuales, en vez de ser pagados por su trabajo, les pagaban á ellas porque se dejasen servir.

<sup>1</sup> Esta fué: *El amor al uso*, de Don Antonio de Solís.



Florimunda vivia pared por medio de Arsenia, y todos los dias comian y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas que causaba admiracion á las gentes ver tanta armonía entre cortesanas, y se creía que tarde ó temprano se rompería su amistad por algun obsequiante; pero conocian mal á tan perfectas amigas, porque era muy íntima su union: en lugar de ser celosas como las demas mugeres, hacian vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse néciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á ejemplo de estas dos illustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dejando malograr lo mas florido de sus años. Habíame ella dicho que veria mil lindezas, y no me engañó. Con todo eso, yo no hacia el celoso, por haberle prometido que procuraria adoptar el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarle el nombre de los sugetos con quienes la veía á solas en conversacion; pero siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡Oh, y cuánta multitud de parientes tenia! Su familia debia ser mas numerosa que la del rey Priamo<sup>1</sup>. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus salidas fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de cuando en cuando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de antaño. En fin, Laura, por dar al lector una idea cabal de su persona, era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, escepto que ésta divertia al pueblo públicamente, y la criada solo lo hacia en secreto. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanasme entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia atormentado de crueles remordimientos, efecto de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores quanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron éstos á causarme horror, gracias á mi natural complecion.—¡Ah desventurado! me decia yo á mí mismo: ¿es esto lo que esperaba de tí tu familia? ¿No te bastaba haberla engañado tomando otra carrera que la de preceptor? El verte precisado á servir ¿te dispensa de cumplir con las leyes de hombre de bien? ¿Parécete que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia, la ira y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros; estos se entregan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto se acabó: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

<sup>1</sup> Ultimo rey de Troya, de quien se dice tuvo hasta cincuenta hijos habidos con varias esposas: de una sola diez y nueve varones y doce hembras. Y conoció de ellos una numerosísima descendencia.